

22 

Mauricio Paredes
**TINCUDA,
LA COMADREJITA
TROMPUDA**

Tincuda es una comadreja trompuda que tiene un sueño: ser famosa en la televisión para que todos, especialmente sus padres, sepan quién es. Una noche, por arte de magia, deja su hogar en la selva valdiviana y aparece detrás de la pantalla. Pero en el mundo del espectáculo las "estrellas" no son precisamente como las del cielo sureño. ¿Sobrevivirá tincuda a sus quince minutos de fama?

Mauricio Paredes es ingeniero civil eléctrico por la pontificia universidad católica. El año 2001 decidió dedicarse por completo a la literatura y escribir libros para niños y jóvenes. Además, realiza numerosos encuentros con sus lectores y charlas para profesores sobre motivación a la lectura.

A PARTIR DE 7 AÑOS

ISBN 978-956-349-007-7



9 789563 490077

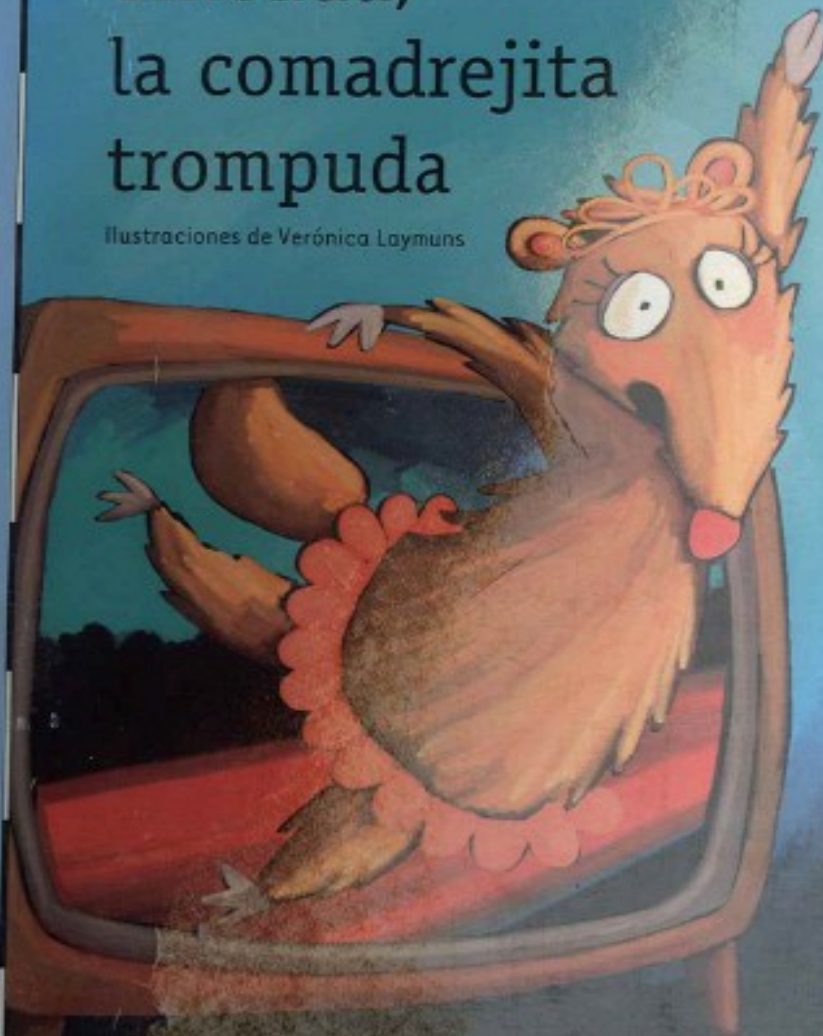
EL BARCO



DE VAPOR

Mauricio Paredes
**Tincuda,
la comadreja
trompuda**

Ilustraciones de Verónica Laymuns



CB
Paredes

A022CH

sm

Sinopsis

Esta es la fabulosa historia de Tincuda, la comadreja trompuda, y sus quince minutos de fama. Está basada en hechos de la vida real, aunque no lo parezca. La vida real, a veces, es más increíble que la fantasía y otras veces la fantasía dice más verdades que el mundo real. Los nombres de los personajes han sido cambiados para proteger a los inocentes, porque Tincuda en realidad se llama *Rhyncholestes Raphanarus*, el cual es un nombre demasiado difícil de pronunciar. Por eso se decidió modificar su identidad, para proteger a los inocentes lectores infantiles.



Las comadreja-trompudas se llaman así, tal cual. No es que se les llame comadreja porque sean comadreas pequeñas. Tampoco se les dice trompudas porque tengan trompa, como los elefantes. No son ni comadreas ni elefantes. Son comadreja-trompudas. Así, tal cual.

En todo caso, a Tincuda no le molesta que le digan comadreja cuando es de cariño. Tincuda es una comadreja-trompuda tan común y corriente como cualquier otra, lo cual es muy raro, porque las comadreja-trompudas son sumamente escasas. Casi nadie ha visto una; es más, hay quienes dicen que no existen. En cambio, Tincuda está segura de que ella sí existe y se lo quiere demostrar al mundo.

2

Lunes

En algunas mañanas del fin del mundo, los rayos del sol son brillantes y dorados, el cielo es inmenso y el aire es tan puro que al respirarlo profundamente se llenan los ojos de lágrimas de felicidad. Pero en este lunes espléndido, nada de eso les interesa a Gerda y Tadeo, los papás de Tincuda. Ellos prefieren quedarse metidos en la cama con la cortinas cerradas, porque les molesta que el sol ilumine la pantalla de su amado televisor de oro.



A los padres de la comadreja trompuda les gusta ver televisión desde la mañana hasta el anochecer. Desayunan viendo televisión, almuerzan viendo televisión y comen viendo televisión. Incluso dejan el televisor encendido mientras duermen para que sus sueños se mezclen con la programación nocturna.



Cuando ya es mediodía, Tincuda está cansada de jugar en su habitación y decide entrar al dormitorio de Gerda y Tadeo. Entonces se para muy firme y segura, justo frente al televisor, de espaldas a la pantalla para mirar a sus papás y para que ellos la vean.

—¡Mamá, papá, quiero que me vean!

—¡Tincuda, córrete que estás tapando la tele! ¡Estamos viendo el nuevo matinal, que desde ahora será nuestro favorito! Se llama *Levántate y anda*. Fíjate qué nombre tan ingenioso se les ocurrió. ¿No te parece?

Pero esta vez Tincuda no quiere saber de matinales de mediodía, ni tampoco quiere moverse. Se planta con las manos sobre las caderas y mira directo a los ojos de sus padres. Ellos se asustan y se esconden debajo del cubrecama.

—¡Les he dicho que quiero que me vean!

—¡Ay, niña! —le dice su mamá, asomando la trompa—. ¿Quiénes quieres que te vean?

Tincuda está furiosa y nerviosa y responde lo primero que se le viene a la cabeza.

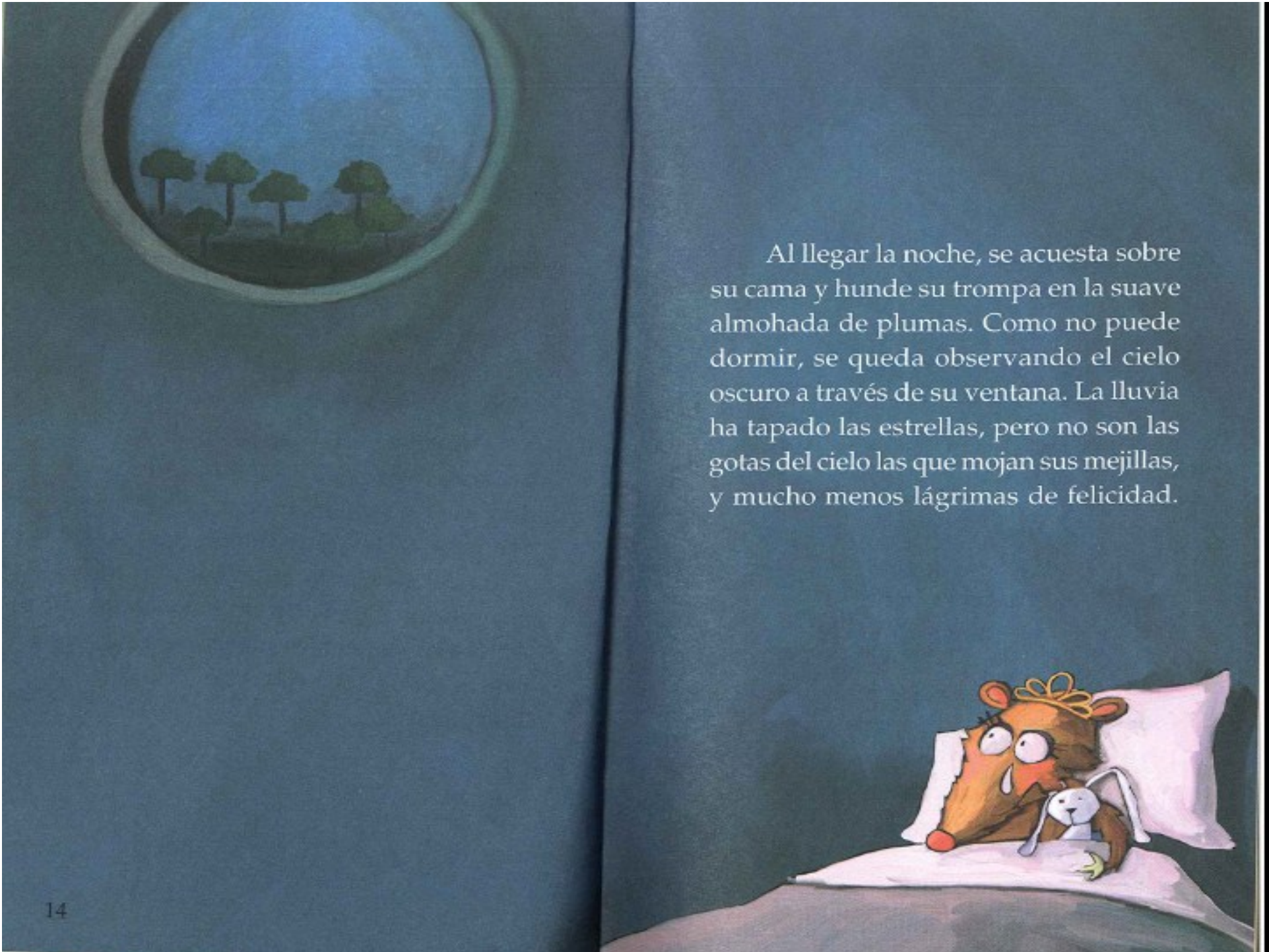
—¡Todos!





—La única forma en que podrías llegar a ser así de famosa es que te metieras dentro del mundo de la televisión —le explica Tadeo, quien se había deslizado hasta el piso con tal de que su hija no le estorbara para seguir viendo el programa.

Tincuda deja caer sus brazos y da un largo suspiro de desilusión. Luego se devuelve a su dormitorio, arrastrando sus patitas de comadreja trompuda. Entonces se sienta en el suelo y toma sus muñecas y muñecos. Los acomoda alrededor suyo e inventa que la quieren, que la escuchan y que sí les interesa lo que ella dice.

An illustration of a bear lying in bed, looking out a circular window. The bear is wearing a yellow bow on its head and has a sad expression. A small white rabbit is tucked under its arm. The window shows a dark night sky with rain falling and silhouettes of trees. The room is dark blue.

Al llegar la noche, se acuesta sobre su cama y hunde su trompa en la suave almohada de plumas. Como no puede dormir, se queda observando el cielo oscuro a través de su ventana. La lluvia ha tapado las estrellas, pero no son las gotas del cielo las que mojan sus mejillas, y mucho menos lágrimas de felicidad.



3

Martes

Tincuda, la comadreja trompuda, vive en medio del bosque, en la lluviosa y fría selva valdiviana. Su hogar es pequeño, pero desde ahora tiene un gran sueño: quiere ser una famosa de la televisión para que todos le pongan atención.



Aquel martes despierta al amanecer, abre la ventana de su balcón e inspira el aire sureño. "Ésta será mi mayor inspiración", se dice a sí misma. Y lo dice muy en serio, porque justo aprovecha una corriente de viento para inspirar por su notable nariz, absorbiendo todos los aromas de la naturaleza. Entonces, llena de energía, de emoción y de aire en los pulmones, corre al dormitorio de sus padres y salta sobre su cama.

—Mamá, papá, he decidido qué es lo que quiero hacer con mi vida. Quiero que todos me conozcan.

—Yo ya te conozco —le dice Tadeo.

—Yo también —le dice Gerda.

—Y yo, que justo venía pasando, también te conozco —agrega la Comadre Comadreja, una vecina chilota que siempre llegaba sin invitación y que estaba sentada sobre el marco de la ventana para ver el *Recuento de los mejores desastres mundiales* que exhibían en las noticias.



—¿Ves, hija? Todas las comadrejaas trompudas te conocemos. Asunto solucionado y no se hable más —le dice su mamá mientras sigue tragando su desayuno de gusanos con semillas.

Las noches en los bosques del fin del mundo pueden ser muy silenciosas; tanto, que apenas se alcanza a oír la brisa murmurando en las ramas de los árboles. Ya es muy tarde, pero la comadreja trompuda no duerme, sino que escucha atenta los susurros del viento para ver si las suaves corrientes de aire le revelan la manera de entrar al mundo de la televisión.

En ese momento decide bajar de la cama y avanza temerosa hasta el balcón de su dormitorio. Abre las puertas de par en par y extiende sus pequeñas garras ante el inmenso paisaje en tinieblas.



—Aquí, en el bosque, a nadie le importo, nadie sabe que existo —le dice a la noche sureña—. ¡Quiero que el mundo me vea, quiero vivir detrás de la pantalla!

De pronto Tincuda se siente mareada y confundida, tal como si se fuera a desmayar. Entonces, en sus orejas tintinea una música que la hace sentirse importante y comienzan a aparecer imágenes brillantes frente a sus ojos marsupiales. Se ve a sí misma en un programa estelar, tan estrellado como el cielo de su querida selva valdiviana.



En un instante fulminante, Tincuda queda encandilada, pero no sabe si es debido a la luz de las estrellas o al fulgor de las figuras danzarinas que se representan ante ella. Como si estuviera hipnotizada, camina en puntillas, casi flotando, hasta el dormitorio de sus papás, sin hacer el menor ruido, sin siquiera provocar el más leve crujido en el suelo de madera.

Gerda y Tadeo rencan abrazados, con una sonrisa en sus caras. Sus cuerpos son dos bultos redondeados bajo las frazadas, formando algo así como dos montes en un valle de lana. Pero no es un valle iluminado por un sol natural, sino que por la pantalla rectangular de su amado televisor de oro.

Con la mayor delicadeza, Tincuda extrae el control remoto de la mano de su madre. Pero en vez de apuntarlo hacia el aparato televisivo, lo dirige hacia su propia cara, presionando una combinación secreta de botones que ni ella misma sabe dónde aprendió. Sus dedos se mueven solos, como si tuvieran vida propia. No puede controlarlos y, en el fondo de su corazón, tampoco quiere hacerlo.

Al apretar la última tecla, el mundo empieza a dar vueltas a su alrededor, como si nada importara, cada vez más rápido y sin sentido. Su cuerpo se tambalea, su cabeza gira en círculos y sus ojos se mueven sin mirar a ninguna parte. Entonces retumba un estruendo atronador,

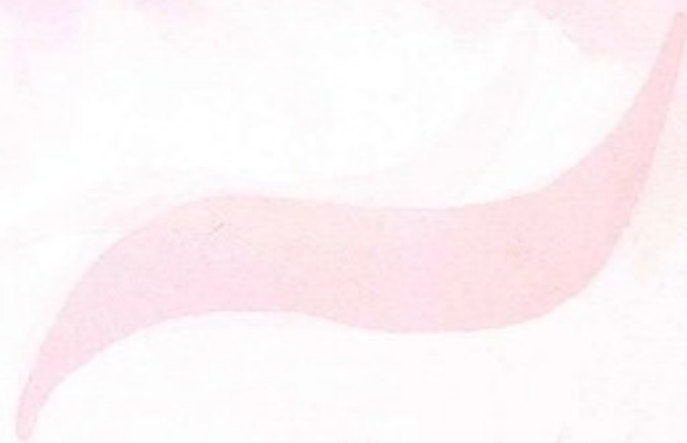


pero no es el sonido de un genuino trueno de los cielos del fin del mundo, sino que un ruido falso y artificial, que proviene del lujoso televisor dorado.

¡Chan!

De esta forma, Tincuda, la auténtica comadreja trompuda de la selva valdiviana, se extingue de su hábitat natural y al amanecer de un miércoles, exactamente a las 7:12 a.m., hace su aparición en el mundo del espectáculo.

Así comienzan sus 15 minutos de fama.



5

Miércoles

7:12 hrs.

Minuto 1:

A los papás de Tincuda les gusta desmenuzar los programas de farándula. Desmenuzan a los protagonistas, desmenuzan a los periodistas y también desmenuzan a los gusanos que forman parte de su dieta. Ellos preferirían probar los nuevos helados que están en promoción, llamados Engordelados, pero deben conformarse con comida natural.



Lo que es poco natural es lo que ocurre justo frente a sus portentosas narices. En la colosal pantalla de su televisor de oro hay un animal descomunal que salta y agita los brazos. Es Tincuda, su pequeña hija, quien a través de la televisión se ve gigante.

—¡Mamá, papá! ¡Aquí estoy! ¡Mírenme! ¿Me pueden ver ahora?

—Se parece a nuestra Tincuda —dice Gerda.



—No creo, porque ella no es famosa, apenas la conocemos nosotros —responde Tadeo.

—¿Será un nuevo programa de imitadores?

—Pero, Gerda, si en los concursos de imitadores sale gente normal que imita a los famosos.

—Es verdad —responde ella y se queda pensativa, con los ojos pegados al televisor y mascando gusanos con la boca abierta—. Pero, Tadeo, ¿y si fuera un nuevo estelar donde los famosos imitan a las personas normales?

—¡Qué buena idea!

—exclaman los dos al mismo tiempo con tanta emoción que sus platos salen volando y los gusanos quedan repartidos por toda la cama.





6

7:15 hrs.

Minuto 4:

En cosa de minutos (tres minutos exactamente), Tincuda se ve asediada por reporteros. Se empujan y preguntan todos al mismo tiempo. Incluso una, llamada Primicia Superflua, le aplasta su delicada nariz puntuda con el micrófono. Quieren saber todo acerca de ella.

—¡Cuéntanos, dinos, danos la noticia! —le suplican los periodistas que la rodean.



Tincuda está fascinada con toda la atención que recibe. En ese momento recuerda la noche en que puso a sus muñecas y muñecos alrededor de ella para que la quisieran. Pero estas, en cambio, son personas de verdad y la comadreja trompuda confía en que su cariño también es real.





—¿A qué famoso conoces?

—Bueno, mmmhhh, déjeme pensar...

Conozco a mi vecina, la Comadre Comadreja, pero no creo que ella sea famosa.

—¡Oh, no, doña Comadre Comadreja! —gritan todos juntos—. Ella nos llama todos los días por teléfono, opina en todas las encuestas, participa en todos los concursos vía mensaje de texto y es la fan número uno de cualquier cosa.

—Pero no hablemos más de esa señora fastidiosa —le dice Primicia Superflua y luego les habla a los periodistas—. Ustedes, córranse, porque aquí las preguntas las hago yo —les ordena con tono autoritario, pero en un abrir y cerrar de ojos cambia su voz por una dulce y melosa, haciendo pausas para mayor dramatismo—. Cuéntenos, pequeña, ¿cómo te llamas?



—Me llamo Tincuda.

—Qué lindo nombre, Zancuda

—opina mientras pinta sus uñas—. Pero bueno, llegó el momento de la verdad. Mírame a los ojos y dime: ¿Te consideras una estrella?

Los flashes y focos encienden a Tincuda y confunden sus pensamientos.

—No lo sé, pero donde yo vivo hay un precioso cielo estrellado, por si usted quisiera conocerlo —responde ella, sonrojada.

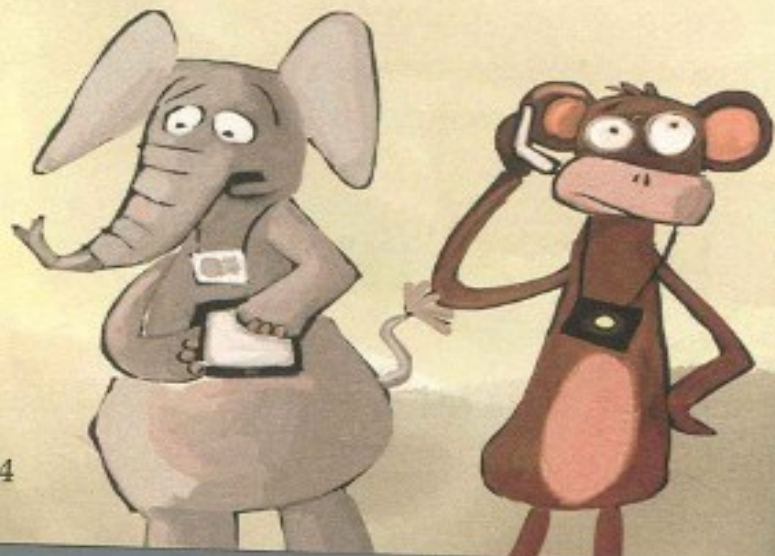
—Je, je. —Finge una risa Primicia Superflua—. Qué niña tan graciosa. Sigamos con mi entrevista. Queremos saber absolutamente todo de ti. A ver, háblanos acerca de tus orígenes.



—¿Mis orígenes? Bueno, yo vengo del sur de Chile, igual que todas las comadrecitas trompudas. Vivimos en la selva valdiviana.

—¡En la celda boliviana! Qué interesante... —comenta la entrevistadora, mientras conversa por teléfono—. Qué buena me está quedando esta entrevista. ¿Ahora, qué me toca decir? Ah, sí, ya me acordé. Me estabas contando que eras una comadreja. A ver, déjame mirarte.

En ese instante, Primicia Superflua se fija en la comadrecita trompuda por primera vez y, al parecer, no le gusta nada



lo que ve, porque hace una exagerada mueca de desagrado. Ahora tiene cara de susto y su voz ha vuelto a ser aguda y estridente como antes.

—¡Ay, Pinchuda! ¿Pero qué cosa eres?

A Tincuda le incomoda la forma en que la reportera estrella le habla. Aprieta sus manos sobre su pecho y sus mejillas se ponen aún más rojas.



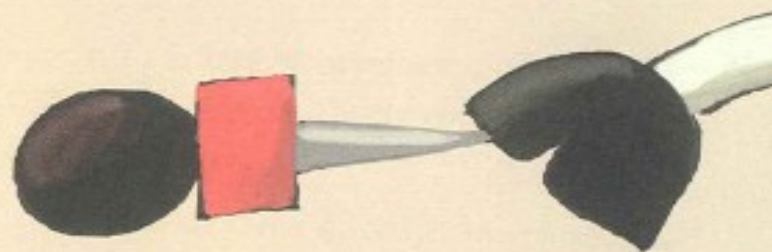
—Soy una comadreja trompuda, como ya le dije. Y mi nombre es Tincuda.

Entonces todos los periodistas se vuelven a abalanzar sobre Tincuda y arrojan a Primicia Superflua rodando hacia un lado.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso?

—¿Qué soy? Soy un marsupial.

Finalmente, los corresponsales se quedan callados y anotan la palabra *marsupial* en sus cuadernos para buscarla después en Internet.



Pero Primicia Superflua es conocida porque nunca se da por vencida y desde el suelo lanza su última polémica pregunta.

—¿Es verdad que eres la próxima invitada al nuevo matinal de nuestro canal, *Levántate y anda*, producido y conducido por el mismísimo Marrullero Camandulero?

¡Chan!

Suena un desesperante chirrido y Tincuda mira a su alrededor, incluso mira hacia el cielo, pero no logra identificar qué o quién lo produce.

7:16 hrs.

Minuto 5:

Un minuto más tarde, de vuelta en la madriguera de Tincuda, Gerda y Tadeo disfrutaban de la nueva programación.

—¡Vecinos, vecinos! ¿Vieron a Tincuda en la televisión? —chilla la Comadre Comadreja, quien entra por la ventana y se acuesta en medio de la cama con un paquete de gusanos fritos entre sus garras.

—¡Oiga, señora! ¿No sabe que existen las puertas y que se golpea antes de entrar a una casa? —reclama Tadeo—. ¿Y qué es ese chisme de que nuestra Tincudita está en la televisión?

—Esta vez no es comadreo —dice la Comadre Comadreja—; ahora le prometo que es cierto. Si hasta me mencionó a

mí, con nombre y apellido, con pelos y señales; se podría decir que me retrató de cuerpo entero.

Tadeo se ríe a carcajadas y saca un puñado de gusanos fritos del paquete de su vecina.

—Si la retrató de cuerpo entero —le dice con tono burlón—, tiene que haber sido con más pelos que señales.

—Mire que es poco educado usted —responde ella—. Nada que ver con don Marrullero Camandulero, él sí es un caballero.

—Ya, no discutan más —los interrumpe Gerda y luego se da cuenta de que, efectivamente, sí es su propia hija la que aparece engrandecida por la pantalla.

—¡De verdad es Tincuda, nuestra comadreja trompuda! —gritan asombrados los padres desnaturalizados.

—¡Sí, es ella! Y es la nueva sensación televisiva ¿Vieron? ¡Les dije, yo siempre tengo la razón! —señala la vecina, limpiándose sus manos en las sábanas.

Tadeo y Gerda no ponen atención a lo que dice la Comadre Comadreja, porque están demasiado sorprendidos al ver a su propia hija tragada por la televisión.

Entonces, los dos se levantan de la cama y caminan pasmados hacia el televisor para hablarle a su hija que está en pantalla.

—¡Tincuda, sal de ahí! —exclama su papá.

—¿Qué estás haciendo dentro del televisor? —pregunta su mamá.

Entre los tres se pelean la bolsa de gusanos fritos para hacerlos crujir y así poder aliviar la curiosidad y expectación.

—Ya no quería vivir en el bosque.



Ustedes decían que me conocían, pero nadie me reconocía —dice la comadreja y luego se seca las lágrimas de sus ojos.

—Pero eso ya quedó atrás y es parte de mi pasado. Ahora voy camino al estrellato para habitar en la tierra de los sueños.

—¡Oh, Tincuda, mi hija, mi orgullo!
Siempre supe que llegarías lejos —le
dice Tadeo.

—¡Esto es un sueño hecho realidad!
—celebra y aplaude Gerda.

—La felicito, mijita —interviene la
vecina—, pero para la próxima vez que
le pregunten, que no se le olvide decir
que también hay comadreja traspudadas
en Chiloé y no solamente en el bosque
valdiviano. Acuérdense de que yo soy
chilota, a mucha honra.



7:18 hrs.

Minuto 7:

—¡Ya estamos de vuelta! —aparece
vociferando el mismísimo Marrullero
Camandulero, vestido con su famoso traje
con brillantes—. ¡Ha llegado el minuto
del concurso relámpago!

El animador corre dando vueltas por
el escenario y luego sube y baja por las
escaleras de la platea para que el público
lo ovacione a su paso. Finalmente, llega
jadeando hasta el centro del estudio,
donde todos los focos ahora iluminan
a la sencilla provinciana que sueña con
ser aceptada tal como es.

—Por diez millones de premios de
consuelo, esta es tu última oportunidad
—dice el conductor.

—¿Y cuál fue la primera? —pregunta
Tincuda.

Marrullero se seca la transpiración de la frente con un pañuelo plateado, también con brillantes.

—Dinos qué bicho eres y de dónde vienes, pero hazlo con palabras que podamos entender.

En el mundo de la televisión, nadie ha oído hablar acerca de las comadreja-trompudas. Tampoco hay tiempo para explicar que son animales marsupiales que habitan en la zona austral de Chile. Mucho menos se pueden decir palabras difíciles, como marsupial o austral.



Tincuda quiere contar que las comadreja-trompudas son una especie en peligro de extinción.

—Soy una especie... —alcanza a decir, pero Camandulero la interrumpe.

—¿Una especie de qué? ¿Una especie de rata?

—No, no me confunda, por favor —le pide Tincuda—. Soy una comadreja-trompuda y soy una especie en...

—¿Una especie de comadreja? ¿Te quieres hacer la chistosa? —le pregunta, pero no mirándola a ella, sino que al público, que suelta una carcajada general.

—No, justamente no soy una comadreja, pero si quiere me puede decir así, porque es más corto que comadreja trompuda —responde Tincuda, tratando de explicar con toda claridad—. Es sólo una coincidencia de nombres. La comadreja ni siquiera es marsupial, como nosotros. En cambio sí es una alimaña.

—¿De Alemania? ¿Tú eres una especie de alemana? —exclama el conductor, impactado por las declaraciones de la invitada estelar del programa—. ¡Lo hubieses dicho antes! ¡Qué fantástico! Todo lo que venga del extranjero es mejor que lo autóctono. Eso cualquiera lo sabe, hasta yo.



—No es así, usted está confundido, no soy de Alemania. Lo que trato de decir es que soy de una especie endémica. Aunque sí es cierto que a mi zona llegó una gran colonia alemana.

—¿Colonia? —le pregunta Marrullero Camandulero, con desprecio—. ¡Qué ordinariéz! Aquí en el mundo del espectáculo no se usa colonia, sino que perfume, y del más caro. Se nota que no eres una auténtica extranjera.

Tincuda se pone a llorar.

—Por favor, don Camandulero, le suplico, déjeme terminar de hablar. Lo que quiero decir es que...

Entonces suena la chicharra, se acaba el concurso relámpago y el animador corre a saludar a los gentiles auspiciadores con su nuevo producto, llamado Engordelado. Los gentiles auspiciadores lo abrazan y, muy gentilmente, le pasan un helado gigante para que se lo coma en primer plano.

Tincuda se queda en un rincón fuera de cámara, tapándose la cara para que no la vean llorar. Siente tristeza por no haber podido decir quién es ni de dónde viene.



9

7:20 hrs.

Minuto 9:

Después de apenas un par de minutos, los telespectadores se cansan de ver a Tincuda. Ella trata de seguir siendo la misma, pero la calle opina que ya lleva demasiado tiempo en pantalla, que ahora debe ser diferente. Como ya no es la novedad, deciden burlarse de ella.

—¡Qué nariz tan puntuda! ¡Qué nariz tan filuda! —dice el público en el estudio.

—Por favor, no me molesten, que me acomplejan —dice Tincuda, la comadreja. Y luego agrega:

—¿Alguien me podría dar algo para comer, por favor?

Pero nadie le responde, porque en ese momento llegan a la sala de prensa los resultados de la encuesta. Primicia Superflua se ha puesto los tacos más altos del mundo para dar los resultados por cadena nacional con altura de miras.

—Noticia de último minuto. Un 99% de los llamados telefónicos apoya la opción 1: Tincuda debe arreglarse su nariz para dejar de ser trompuda.

Tincuda se agarra su trompa con ambas manos en un gesto de angustia.

—¡No quiero, por favor! —implora—. Dígame, ¿a usted no le parece una injusticia?

—Claro que no. Es el público el que decide —le responde—. Y fíjate, justo tenemos la llamada de la persona que más veces votó. ¿Aló? ¿Con quién tengo el gusto de hablar?



—Buenos días, mijita, soy la Comadre Comadreja. Usted ya me conoce, yo siempre la sigo a usted. Soy su admiradora número uno.

A Primicia Superflua casi se le salen los zapatos de espanto al oír la voz de aquella señora tan fanática, que siempre la fastidia. En ese momento tiene un pensamiento terrible. Observa, con pavor, las cuatro esquinas de la pantalla, porque tiene miedo de que ella se pueda colar al canal por algún rincón, tal como lo hizo Tincuda.

—Sí, sí, sí, señora —tartamudea la conductora, con la voz temblorosa—. Cuéntenos, ¿cuál es su, su, su opinión?

—¡Huy, no sabe nada! Deje que le cuente: yo a esta niñita la conozco desde que nació, si es como si fuera hija mía, y fíjese que siempre la encontré bastante narigona. Yo opino que se la tiene que cambiar completa. Y quiero aprovechar de mandar un saludo, ¿puede ser? Le mando un saludo a toda mi familia en Chiloé, que los echo mucho de menos. Y también aprovecho de mandarle un mensaje a la Tincudita, que está ahí con



usted. Dígale que no se le olvide que también hay comadreja traspudadas chilotas, a mucha honra.

Primicia Superflua está pálida y transpirada. Tincuda se pone en puntillas y estira sus brazos cortos para alcanzar la altura del escritorio de utilería de la mujer ancla.

—Señora Superflua, ¿cuál es la opción 2? Usted no la ha dicho.

La conductora del noticiero recupera el habla y también su tono de piel natural de solárium.

—Soy señorita, para que lo sepas —le replica.

—Perdón, es que no lo parecía —dice Tincuda—. ¿Me puede responder mi pregunta, señorita?



—Ay, uf, qué niña tan preguntona —reclama la periodista independiente—. A ver, espera un momento, déjame escuchar lo que el director me dice que tengo que decir —señala. Luego se mete el dedo índice dentro de la oreja y contempla el infinito por un par de segundos—. Ah, sí, la opción 2 es: No sabe / No contesta. ¿Ahora estás contenta?

—La verdad no, pero supongo que tendré que obedecer a la mayoría.

—La mayoría siempre manda, ¿no lo sabías? Esto te lo digo por tu propio bien; puedes aprender de mis consejos. Debes tener cuidado con quién te relacionas, mira que en este medio hay mucha envidia. No te puedo dar nombres, pero mis fuentes me dicen que ya hay quienes quieren hacerte

daño. Ahora, espérame un momento porque debo cerrar el programa, pero inmediatamente después estaré contigo para darte todo mi apoyo.

—¡Gracias, señorita Primicia!

—exclama Tincuda con los ojos llenos de esperanza y el corazón tamborileando de alegría.

Entonces los focos vuelven a iluminar a la locutora y ella le habla directo a la cámara.

—Bueno, queridos telespectadores, cuando son las 7:22, estas han sido las noticias más importantes del acontecer mundial, pero no se despeguen de la pantalla, porque a continuación volvemos con nuestro matinal *Levántate y anda*, en donde nos reiremos y humillaremos a Tincuda, el nuevo fenómeno televisivo. Todo eso y mucho más al regreso de comerciales, que ahora sí van a durar solo un minuto y ni un segundo más.



CASO DE HORRIBLE NARIZ
AZOTA LA TV

En ese preciso minuto (Tincuda ya no tiene idea cuál minuto es), la popular reportera pasa por encima de la comadreja trompuda sin fijarse por donde camina y la pisotea con sus tacos afilados, tan filudos como su lengua.

Tincuda se siente decepcionada y atropellada, pero no tiene tiempo

que perder. Debe aprovechar la pausa publicitaria para buscar una solución. Intenta concentrarse con todas sus fuerzas, pero hay demasiado ruido, demasiadas personas hablando al mismo tiempo, demasiadas opiniones. Se desespera y trata de aplastarse la trompa contra la muralla, pero nada. Incluso la tironea para ver si se le sale. Al final, todo sigue igual. Ahí sigue su nariz puntuda, tal cual.

Tincuda se siente fea, triste y sola. Se sienta en el suelo y da un largo suspiro. No sabe qué hacer y piensa que los sesenta segundos de comerciales ya deben estar por terminar. Observa el reloj que hay en una pared y nota que ya ha pasado mucho más del minuto prometido por Primicia. También observa que a Marrullero Camandulero recién lo están empolvando para salir al aire.

—¡Oh, todavía me queda un poco de tiempo! —exclama al ponerse de pie.

Rápidamente decide maquillarse para disimular su trompa, aunque sea un poco. Escarba en su cartera en busca de las pinturas, hurguetea con sus pequeñas garras, pero sólo encuentra la colación de gusanos que su mamá le da todos los días, de esos que tanto le gusta comer.



Tincuda se queda contemplando el fondo de su bolso donde está la caja con los gusanos en su interior. Con la punta de su nariz puede olfatear su delicioso aroma. Sentir aquel olor le recuerda la tierra de sus orígenes, su denso bosque, su madriguera y su familia. No puede resistir más y se echa un gusano a la boca. Siente algo de alivio, pero no le dura demasiado. Entonces embute su hocico y su cabeza completa dentro de la cartera para desmenuzar, mascar y zampar con angustia.



7:25 hrs.

Minuto 14:

—Ya estamos de vuelta, queridos telespectadores —vocaliza el anunciador—. Hemos llegado a la gran final. Ahora se decide el destino de esta mocosa: todo o nada. —Entonces Marrullero se queda unos segundos en silencio, para dar mayor tensión, mientras de fondo suena una música de suspenso—. ¿Sabben a quién me refiero? Claro que sí. ¡Con ustedes, en exclusiva, Tincuda, la comadreja trompuda! ¿Qué? —Al conductor se le llega a caer el micrófono de la impresión—. ¡Pero qué es eso! ¡Qué asco, qué fiasco! ¡Ella no es una estrella! ¡Vean, está comiendo gusanos!

Tincuda siente mucha vergüenza y termina de tragarse los gusanos para no hablar con la boca llena.



IMPACTO : RATONA NARIGONA
se quiebra en cámara

—Yo sólo quería ser famosa y provocar una gran sensación —se lamenta entre sollozos.

Marrullero la mira con cara de repugnancia, le lanza su pañuelo plateado para que se limpie los labios y le responde:

—Sí, lo has logrado, provocaste una gran sensación, ¡pero una sensación de espanto!

—No me diga más cosas feas, por favor, me hacen sentir muy mal —gimotea la comadreja trompuda y luego le habla al público presente en el estudio—. ¡Por favor, tengan compasión de mí!

Tincuda cae de rodillas, cierra los ojos y se los tapa con las manos. Quiere volver a su hogar en la frondosa y fría selva valdiviana, pero no sabe cómo salir de la pantalla. ¿Podrá la comadreja volver con sus padres? ¿Cómo terminará esta historia?

—¿Qué dice el público? ¡A ver esas palmas! —grita Marrullero y todos muestran las palmas de sus manos.

Tincuda tiritita de miedo.

—A ver ratona... —alcanza a decir el animador, pero Tincuda lo interrumpe.

—¡No soy ratona! Soy una comadreja

trompuda —se atreve a manifestar con firmeza. —Una marsupial auténtica, aunque no tenga bolsa marsupial.

—¡Oh, pero qué oyen mis oídos! —exclama Marrullero con alaridos exagerados—. No tiene bolsón ni morral.

—No, por eso traigo mis cosas personales en esta carterita hecha con mis propias manos.

—Una cartera bastante pasada de moda, para ser sincero —dice Marrullero levantando el pequeño bolso con la punta de los dedos para que la cámara le haga un acercamiento.

—Perdón —dice Tincuda afligida y encogiendo el cuerpo.

—Da lo mismo. Lo importante es que elijas entre la puerta A o la B.

—¿Y qué hay detrás de las puertas? —pregunta con timidez Tincuda mientras se suena con el pañuelo de Marrullero, haciendo ruido de trompeta.

—Detrás de la A te espera una nariz nueva. Bueno, no exactamente, porque en realidad es usada. Pero es mejor que nueva, porque ha sido usada por famosas, parientes de famosas y vecinas de famosas. Será nueva para ti y tú quedarás como nueva. Eso sí, hay un pequeño detalle. —El conductor cambia su voz aguda por una áspera y profunda, con tono amenazador, como si fuera el gruñido de una fiera lista para atacar—. Si decides quedarte con la nariz, deberás aparecer en todos los programas, desde el matinal hasta el cierre de las transmisiones. También tendrás que publicitar todas las marcas patrocinadoras, cantando sus canciones y haciendo como si de verdad te gustaran. Estarás obligada a ser siempre popular, a estar siempre de moda, día tras día, año tras año, y así toda tu vida, hasta el fin de los tiempos. ¿Qué tal?

La pequeña marsupial del fin del mundo no responde. Marrullero continúa explicando las bases del concurso.

—Por otra parte, si tu opción es la puerta B, te quedarás con tu misma trompa. Claro que con esa nariz tan fea sólo podrás ser parte del público. Vivirás para aplaudir cuando te lo ordenemos, participarás en todas las grandes ventas, ofertas y liquidaciones, y te volverás loca con las novedades que te demos, sean las que sean, hasta que se agoten y te agotes, temporada tras temporada. ¿Cuál es tu respuesta definitiva?





Tincuda niega con la cabeza.

—No quiero entrar por ninguna de las dos puertas.

—¡Qué! —grita Marrullero Camandulero—. Eso no puede ser, nadie puede salirse del mundo del espectáculo, uno no puede aburrirse de la televisión.



—Yo sí me aburrí y me quiero ir a mi casa.

—¡No, no y no! —chilla, enfurecido el animador, rasgando su vestidura brillante de tanta rabia que tiene—. Más te vale que obedezcas. Tienes un minuto para contestar, desde ahora... ¡ya!

7:26 hrs.

Minuto 15

Tiempo restante: 60 segundos

Durante todo este tiempo, los papás de Tincuda no se han despegado del televisor. Su desdichada hija se acerca hasta quedar en primer plano y apoya sus manos sobre el cristal de la pantalla.

—¡Mamá, papá, ayúdenme! —les implora, mirándolos a los ojos—. Estoy desesperada. Abrí la ventanita de mi intimidad y ahora no la puedo cerrar. ¡Por favor, sáquenme de aquí!



Gerda y Tadeo se ponen de rodillas frente a su televisor de oro, pero no es para adorarlo, sino para ponerse a la altura de su comadreja trompuda y darle el mejor consejo posible.

—Hija querida —dice la mamá—. Debes abandonar el mundo de la farándula. Te lo digo desde el fondo de mi corazón. No se puede vivir la vida entera tratando

de agradar a los demás. Me duele el alma verte así. Lamento tanto que hayas tenido que llegar a esto para llamar nuestra atención. Nosotros te queremos tal como eres. ¡Perdónanos, Tincuda, perdónanos!

—Está bien. ¿Pero, cómo salgo de la señal, cómo dejo el canal?

—Es más fácil de lo que parece —le dice su papá—. Simplemente espera un minuto y listo.

—¿Esperar un minuto? ¿Ustedes creen que con eso bastará para alejar a los medios del medio de mi vida?



—Así es, querida Tincuda. Ya llevas más de 14 minutos metida ahí dentro, solamente te queda uno y se habrán terminado tus 15 minutos de fama. La verdad es que la gente se aburre de la televisión en cualquier minuto —le explica Gerda, acariciando con su garra la imagen de su hija—. Quédate en silencio, no digas nada. Mantén la calma y pronto estarás de vuelta con nosotros, sana y salva.

Tiempo restante: 45 segundos

Entonces Tincuda se queda inmóvil como un maniquí; sólo sus bigotes vibran como si fueran antenas. El público está expectante y todos contienen la respiración. Las luces del estudio se apagan y solamente un foco ilumina a la comadreja trompuda.

45'



33'





Se escucha un redoble de tambor.

—¡Aguanta, hija, aguanta!

Tiempo restante: 30 segundos

Marrullero Camandulero está desconcertado con la actitud de Tincuda.

—Esto de estar tan tranquilos no me parece una buena idea; mejor dicho, ¡me parece una pésima idea! —exclama, rompiendo los brillantes que adornan su ropa y arrojándolos al público, que se pelea para atraparlos—. ¡Basta de suspenso! Ahora mismo, ratona, haz tu gran truco —le exige, con crueldad.



Tiempo restante: 1 segundo

El músico del tambor se cansa de redoblar y necesita un respiro, el público casi se ahoga y necesita muchos respiros para recobrar el aire. A través del aire y también por cable, los telespectadores en sus casas bostezan y cambian de canal. De un minuto a otro la sintonía baja, baja y baja.

—¡No, mi audiencia, no se vayan! —grita el animador—. ¡No se separen del televisor! ¡No me apaguen!

Marrullero ya no es una figura de la televisión. Su imagen desaparece por completo y queda convertido en voz en off para siempre.



Tincuda cierra sus ojos y piensa en su tibia madriguera y en el suave murmullo de la lluvia sobre los bosques del fin del mundo. En ese momento sonríe y trae a su mente la imagen de su mamá cuando le da el último beso antes de dormir. Con cada segundo que pasa se siente más aliviada, más liviana, tanto que le parece estar flotando. Entonces abre los ojos y se da cuenta de que... ¡Sí, está en el aire! (O mejor dicho, está saliendo del aire).

Desenlace inesperado

Aún es miércoles por la mañana y el aire es fresco en los bosques del fin del mundo. Tincuda, la comadreja trompuda, aparece como una cascada que sale del televisor de sus padres y cae en sus brazos.

—¡Tincuda, hija mía! —exclama la mamá—. ¡Gracias a Dios, estás a salvo!

—¡Mamá, papá, los quiero tanto, los eché mucho de menos! —dice Tincuda, con los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

Gerda se apresura a apagar el televisor para que no se trague a nadie más. Tadeo está tan enojado con el aparato que quiere destruirlo para siempre.

—¡Voy a romper la tele, la voy a hacer pedazos! —grita, furioso.

Tincuda le toma el brazo.

—No, papá, esa no es la solución —le dice—. Debemos aprender a controlarnos. Ver un poco de televisión hace bien, pero ver demasiada nos pone tontos. Es como los gusanos. Comer unos cuantos es delicioso, pero comer demasiados da dolor de estómago.

—Qué sabias palabras.

—¿Quién dijo eso? —pregunta Gerda.

—Soy yo, Primicia Superflua, que he llegado hasta sus hogares, perdón, quiero decir hasta su hogar.

La familia de comadrejas trompudas está consternada.

—¿Y usted, por dónde entró? —le pregunta Tadeo.

Entonces aparece la Comadre Comadreja, que estaba parada detrás de la periodista.

—¡Fui yo! Yo le enseñé a entrar por la ventana —explica la vecina.

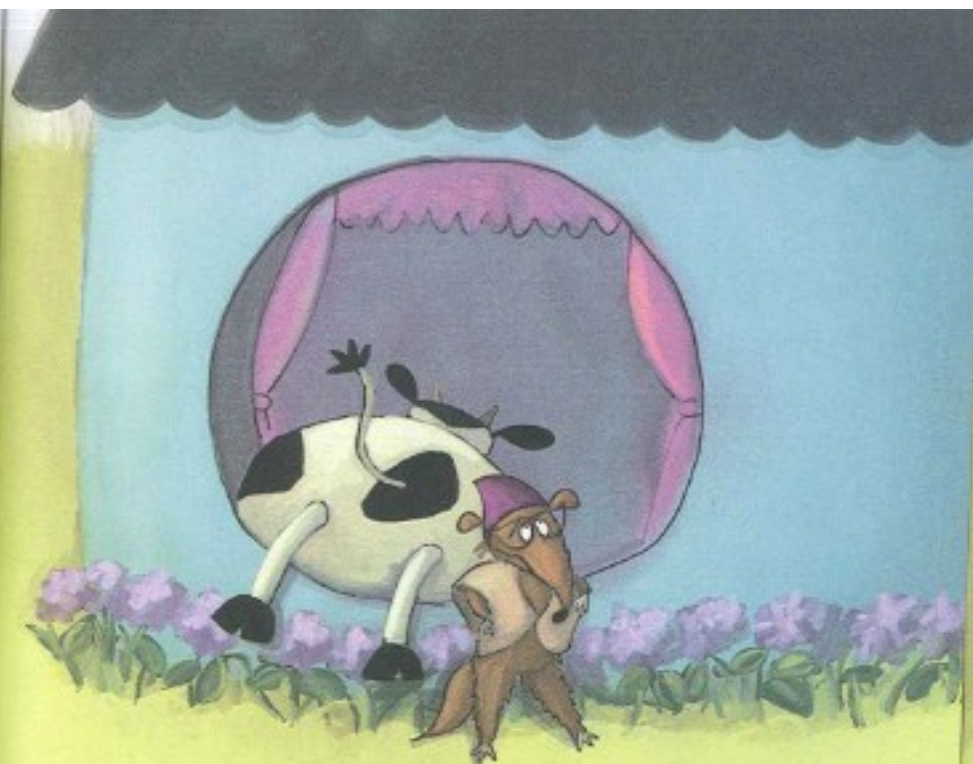
El padre de familia se tapa los ojos con la palma de la mano.

—Pero no se enfade, señor trompudo —interviene Primicia—. Hemos venido a hacer las paces. Aprendimos la lección y con Marrullero decidimos venir al sur para encontrarnos con nosotros mismos en este ambiente natural.

Como Tincuda no ve al animador por ninguna parte, se acerca a la reportera y revisa detrás de ella por si estuviera escondido, tal como lo había hecho la Comadre Comadreja.

—¿A quién busca, mijita? —dice la vecina—. A Marrullero no lo va a encontrar ahí, porque lo tengo yo aquí, dentro de la radio a pilas que me regaló la señorita Primicia.

—¡Qué!—exclama toda la familia de comadrecitas trompudas al mismo tiempo.



—Sí, le traje ese humilde obsequio como agradecimiento por ser mi seguidora número uno —aclara la periodista—. Y para que se sienta acompañada en las largas noches de invierno.

En ese momento se escucha la voz de Marrullero Camandulero desde el receptor que la Comadre Comadreja tiene en sus manos.

—¡No es cierto! —reclama—. Lo hizo para librarse de mí, porque no quiere que le haga competencia y también para que esta señora la deje tranquila.

—Oiga, las cosas que dice, mijito. Mire, usted va a ser mi nuevo favorito, yo lo voy a cuidar y vamos a ser felices para siempre. Y ahora le voy a bajar el volumen, porque anda muy bueno para reclamar.

—¡No, por piedad! ¡Nooo! —se escuchan los alaridos de Marrullero cada vez más despacio, a medida que la Comadre Comadreja gira la perilla.

La vecina se despide llevando a su nuevo ídolo bajo el brazo, y ahora sí usa la puerta para salir.

Primicia se acerca a la familia sureña y toma con una mano a Tincuda y con la otra a Gerda.



—Como pudieron apreciar, Marrullero Camandulero ya no es rostro, sino que hombre de radio. Como perdió su imagen, sólo quedó su voz. Entonces yo tuve la genial idea de meterlo en esa radio que tenía guardada en mi casa.

—¿Y no se puede escuchar preniendo otras radios? —pregunta Tincuda.

—No, quedó en señal exclusiva para ese aparato. La señora Comadre Comadreja podrá hablarle todo lo que quiera, a cualquier hora del día y de la noche.

—Pobre Marrullero —se lamenta Tadeo—. Tuvo un triste final.

La periodista se sienta al borde de la cama, sin soltarles las manos a Tincuda ni a Gerda.

—Ahora volvamos a nuestro tema. Cuénteme, ¿qué debo hacer para mejorar la televisión?

Tadeo es el primero en contestar.

—Debes ser más responsable con lo que dices y con las cosas que muestras.

—Sabias palabras —dice la entrevistadora—. Las estoy grabando con mi teléfono.

—Así es —interviene Gerda, soltándose de la mano de la periodista—. Debes pensar en lo que es mejor para las personas, Primicia.

—Pero si nosotros le damos a la gente lo que quiere.

—Yo soy una niña y todavía no sé bien lo que quiero —dice Tincuda, tironeando para librarse de los dedos que le aprietan su muñeca.

Por primera vez en su vida, Primicia Superflua se queda sin palabras y guarda silencio por varios segundos. Luego murmura cabizbaja:

—Yo sólo quería ser una buena periodista.

Gerda se conmueve y le pone el brazo sobre el hombro.

—Eso está muy bien, pero nunca olvides que, ante todo, debes ser una buena persona.

En ese minuto, no importa cuál, primicia se pone de pie y abraza a sus nuevos amigos. Luego se seca las lágrimas.

—Sé que estoy llorando, pero son lágrimas de felicidad —les dice—. Gracias por sus consejos, nunca los olvidaré. ¡Adiós!



Final feliz

En algunas mañanas del fin del mundo, los rayos del sol atraviesan los frondosos bosques y entonces la selva valdiviana se ilumina con un color dorado mucho más intenso que el del oro y mucho más brillante que cualquier luz artificial. En una de esas mañanas espléndidas, Tincuda, la comadreja trompuda, y sus papás, deciden salir de picnic para disfrutar el aire libre.

Y serán siempre felices, pero no comerán perdices ni Engordelados, sino que sabrosos gusanos, semillas y hongos, que son parte de su dieta natural.



Elenco

Tincuda: una comadreja trompuda.

Gerda: su mamá.

Tadeo: su papá.

Comadre Comadreja: una vecina intrusa y fastidiosa, que no sabe que la selva valdiviana se extiende hasta Chiloé.

Primicia Superflua: una periodista vanidosa y arrogante, pero que aprende la lección.

Marrullero Camandulero: un famoso animador, que incluso ha aparecido en otras historias, pero que nunca aprende nada.

Periodistas, camarógrafos, músico del tambor y público: extras (demasiados como para mencionarlos a todos).

